

47
5-10
S.M.
C2/39

SM
C^a2
39

DISCURSO PANEGÍRICO

DE

SANTO TOMÁS DE AQUINO.



Al Sr. D. Miguel Sargol, Matamoros.



1055346

SM C*2 39

252.9

VIL

DISCURSO PANEGÍRICO
DE
SANTO TOMÁS DE AQUINO

QUE

EN LA SOLEMNE FUNCION QUE CELEBRÓ EL SEMINARIO CONCILIAR

DE CIUDADELA DE MENORCA

EN HONOR DEL ANGÉLICO DOCTOR

PARA CONMEMORAR EL DIA DE SU FESTIVIDAD EN EL AÑO 1881,

PRONUNCIÓ

EN LA IGLESIA ADJUNTA Y PERTENECIENTE Á DICHO ESTABLECIMIENTO

el Lic. D. Antonio Villas y Corner, Pbro.,

SECRETARIO DE CÁMARA DE ESTE OBISPADO, VICE-RECTOR Y CATEDRÁTICO
DE TEOLOGÍA DE DICHO SEMINARIO.



IMPRESO POR DISPOSICION
del Excmo. é Ilmo.
DR. D. MANUEL MERCADER Y ARROYO,
OBISPO DE ESTA DIOCESIS.

TARRAGONA.

Imprenta de Puigrubí y Aris.

1881.

A-333A

A-333A

Regalado por D. Miguel Parjal - año 1891.

*Posui te in lucem gentium, ut sis in salutem
usque ad extremum terræ. (Act. cap. 13, v. 47.)*

Yo te puse por lumbrera de las naciones, para
que seas la salvacion *de todas* hasta el cabo del
mundo.

EXCMO. É ILMO. SR.:⁽¹⁾

ANTES que el Verbo encarnado subiese al empíreo, instituyó y fundó la obra más admirable que han visto los hombres, la Iglesia católica, para que por medio de la enseñanza de su divina doctrina, y la comunicacion de sus copiosas gracias merecidas por la obra de la redencion, condujese á los fieles hasta el fin de los tiempos por rectos senderos al puerto de su salvacion, á la union con Dios y participacion de su misma gloria. Mas como para llevar á cabo esta obra tan prodigiosa, eligiese doce hombres de baja esfera y sin instruccion, hé aquí que á tal objeto prometió á estos operarios, de sí insuficientes, así como á sus sucesores, su divina asistencia hasta la consumacion de los siglos, y les envió el Espíritu Santo, para que de esta manera ilustrados con sus dones, é inflamados en su divino amor, pudiesen llenar cumplidamente la alta mision que les habia confiado, que no fué otra que la de regenerar el mundo, dirigiéndole y uniéndole con su Criador. Ahora bien, esa asistencia divina ó providencia especial de Dios respecto de la

(1) Dr. D. Manuel Mercader y Arroyo, Obispo de Menorca.

Iglesia, la vemos realizada en la marcha de la humanidad y confirmada por su historia. En efecto, sabeis muy bien, católicos oyentes y carísimos escolares, el estado de abyección en que se hallaba sumida la sociedad humana en las primeras edades del Cristianismo, las preocupaciones y pasiones adversas que dominaban al espíritu humano en aquella época, y las muchas calumnias y falsedades que se atribuían é imputaban por el pueblo gentil á esta institucion divina, de las que se hicieron eco fiel los Celsos, Julianos, Jamblicos y Porfirios; pero Dios, que vela siempre por la Iglesia para desvanecer esos errores y preocupaciones y rebatir esas calumnias y falsedades, suscitó de entre sus fieles servidores, héroes como los Justinos, Clementes, Arnobios, Tertulianos, Ciprianos, Orígenes y Lactáncios, que con sus sólidas y enérgicas apologías hicieron ver la vanidad de los ídolos que entonces se adoraban, al par que la divinidad y santidad de la religion cristiana.

Vencidos al fin en justa lid por la Esposa del Cordero los enemigos exteriores, ó sea los gentiles, levantáronse muy pronto de su mismo seno algunos hombres orgullosos, que tergiversando el sentido de la Escritura santa, ó corrompiendo la tradicion, sostuvieron tenazmente algunas doctrinas contrarias á las enseñanzas de su divina madre la Iglesia católica. Así, aparecen en el siglo IV los arrianos negando la divinidad del Verbo divino y los macedonianos la divinidad del Espíritu Santo, y hé aquí que al punto salen á la palestra en defensa de dogmas tan importantes, el grande Atanasio en el Oriente, y San Hilario, Obispo de Poitiers, en Occidente, que batieron en brecha á los primeros en todas sus evoluciones, así como estos dos con San Basilio Magno hicieron igualmente con los segundos. Preséntanse en escena á principios del siglo V los pelagianos negando la necesidad de la gracia para hacer obras meritorias de vida eterna; pero al momento les sale al encuentro el profundo y agudo Agustin, que en una gran multitud de escritos los destroza en campal batalla, haciendo trizas todas sus argucias. Aparece pocos años despues Nestorio, negando la union hipostática del Verbo divino con la naturaleza humana, y en su consecuencia la maternidad divina de la Virgen santísima; pero un nuevo adalid de la doctrina católica, el Patriarca de Alejandría San Cirilo, derrota por completo á su adversario, y condena sus errores con sus doce anatematismos. Aparece á mediados del mismo siglo V Eutiques, negando la dualidad de naturalezas en Cristo, mas desde luego entra en liza contra de él, Flaviano,

Patriarca de Constantinopla, y el Pontífice San Leon, que pulverizan todos sus argumentos.

Como acabamos de ver, aunque muy rápidamente, Dios ha deparado á la Iglesia en los diferentes siglos héroes que la han defendido en todas sus necesidades y contratiempos. Pero ¿podrá decirse lo mismo del siglo XIII, en que introducidas anteriormente por los árabes en las escuelas nacientes de Europa las obras metafísicas, físicas y morales del filósofo de Estagira, produjeron una revolucion y un caos en la filosofía, cual es de ver en especial por la gran controversia sobre los universales, en que tan divididos se hallaban los mismos filósofos cristianos, sosteniendo unos con Roscelin el Nominalismo, otros con Abelardo el Conceptualismo, y otros, en fin, con Guillermo de Champeaux el Realismo exagerado? Indudablemente.

La Providencia, que (como dice el inmortal y malogrado Balmes) no descuida jamás el orden físico ni moral del Universo, hizo nacer en el año 1224 un génio extraordinario, que levantándose á inmensa altura sobre los hombres de su siglo, desembrolló aquel caos, y cercenando, añadiendo, ilustrando y clasificando, sacó de aquella indigesta mole un cuerpo de verdadera ciencia. Los versados en la historia científica de aquellos tiempos habrán reconocido desde luego que me refiero al insigne Patron de las escuelas Santo Tomás de Aquino. Él fué quien, alcanzando una superioridad indisputable sobre los demás, hizo prevalecer por todas partes su método y doctrina, y se constituyó como centro de un gran sistema, al rededor del cual se vieron precisados á girar todos los escritores escolásticos; reprimiendo de esta manera un sinnúmero de extravíos que de otra suerte hubieran sido poco menos que inevitables. Halló las escuelas en la más completa anarquía y él estableció la dictadura. Dictadura sublime de que fué investido por su entendimiento de ángel, embellecido y realzado por su santidad eminente. Tal fué la obra de este hombre extraordinario en el siglo XIII. Deteniendo con su pluma y con la mágia de su nombre y de su génio el movimiento del Racionalismo, señaló á la ciencia el camino que debia seguir para hacerse digna de tal nombre y evitar los escollos que debia encontrar á su paso. Así debe comprenderse la mision del hijo de los condes de Aquino, Landulfo y Teodora.

Varios son los aspectos bajo los cuales podria ofreceros á este coloso del siglo XIII; pero ninguno me ha parecido tan

propio como el presentárosle cual un astro refulgente, que á manera de sol difunde en todas las esferas de la ciencia cristiana brillantes rayos de verdad divina, mereciendo por consiguiente ser reconocido como Patron de las escuelas y Maestro á quien debemos seguir. Os lo presentaré, pues, bajo este aspecto, por tres motivos: primero, por la figura del Sol que aparece en el pecho de su imágen, con que la Iglesia simboliza la difusion de su doctrina, segundo, por dirigirme á hombres ilustrados y en especial á escolares ansiosos de recibir los rayos de luz de esa misma doctrina, y tercero, por presentárnosle así en su grandiosa y luminosa Encíclica *Æterni Patris*, el Pontífice reinante Leon XIII, que, cual estrella y luz del cielo, debe guiar al presente nuestros pasos en la carrera de nuestra vida mortal.

Hé aquí, pues, la causa de la suntuosidad y magnificencia con que el Seminario de esta Diócesis celebra en este año, de una manera extraordinaria en este templo augusto, la memoria de su ínclito Patron Santo Tomás de Aquino, pues no es otra que la expresion del gozo de que rebosa su corazon al contemplar la nueva auréola con que el actual Pontífice, por su citada Encíclica, ha orlado las sienes de tan preclaro Doctor, inmortal adalid del cristianismo.

Para proceder con claridad, hé aquí formulada, en términos concretos, la proposicion que procuraré demostrar en este mi discurso: Santo Tomás de Aquino es, entre todos los Padres y Doctores de la Iglesia, el que, cual astro refulgente y faro luminoso, más copiosa y brillantemente ha emitido y reflejado los diversos rayos del divino Sol ó de verdad divina en todas las esferas de la ciencia cristiana y racional; en su consecuencia, es el Patrono más propio de la juventud estudiosa y el Maestro más egregio que puede elegirse para conducirla con seguridad por las veredas de la ciencia y vida cristiana, al término y fin de su carrera. Mas para desarrollarla con acierto, pidamos con fervor al Padre de las luces la gracia é ilustraciones necesarias al efecto, poniendo por intercesora á la más pura y santa de todas las vírgenes, saludándola con las palabras del ángel, Ave María.

*Posui te in lucem gentium, ut sis in salutem
usque ad extremum terræ. (Act. cap. 13, v. 47.)*
Yo te puse por lumbrera de las naciones, etc.

EXCMO. É ILMO. SR.:

LA proposicion que acabo de formular y sirve de tema á este discurso, tiene dos partes íntimamente enlazadas entre sí: primera, que el angélico Doctor Santo Tomás de Aquino es, entre todos los Padres y Doctores de la Iglesia, el que, cual astro refulgente y faro luminoso, más copiosa y brillantemente ha emitido y reflejado los diversos rayos del divino Sol ó de verdad divina en todas las esferas de la ciencia cristiana y racional; y segunda, que en su consecuencia es el Patrono más propio de la juventud estudiosa y el Maestro más insigne que puede elegirse para conducirla con seguridad por las veredas de la ciencia y vida cristiana al término y fin de su carrera.

Antes de probar la primera parte de este discurso, para que se tenga una noticia exacta del sentido y contenido de su proposicion, creo oportuno el detenerme algun tanto en descubrir y hacer patente el foco de donde este ínclito y angélico Doctor ha recibido la luz, que, cual límpido cristal y brillante prisma, ha sabido tan fielmente reflejar en todas las esferas de la ciencia cristiana y racional.

La revelacion y la recta razon enseñan de consuno que Dios es la primera, suprema y absoluta verdad en el orden de la realidad, de la cual proceden, y en la que se fundan mediata ó inmediatamente todas las demás verdades. Así lo proclama el real Profeta (1) cuando llama á Dios, Dios de verdad; así lo atestigua San Juan (2) cuando pone en boca de Cristo estas palabras: «Yo soy la verdad;» y cuando apellida al Espíritu divino, (3) «Espíritu de verdad.» Mas no solo la Escritura santa, sino hasta la misma razon nos lo demuestra. En efecto, no siendo la verdad otra cosa, segun enseñan los más insignes filósofos con el Doctor angélico (4), que la misma realidad, en cuanto dice orden con una inteligencia, ó bien la ecuacion

(1) Psal. 30, v. 6.

(2) Joan. cap. 14, v. 6.

(3) Joan. cap. 15, v. 26, et cap. 16, v. 13.

(4) S. Thom. S. theol. 1. p., q. 16, art. 1, et q. 21, art. 2.

del entendimiento con la cosa ó de la cosa con el entendimiento; como en Dios, por razon de ser acto purísimo, la cosa ó esencia entendida se identifique con su entendimiento, de ahí que la adecuacion, ó más bien identidad absoluta y perfecta de la infinita inteligibilidad de la esencia divina con su infinita inteligencia, constituye la verdad absoluta y esencial en Dios, cuyo término, imágen y expresion infinita y personal es el mismo Verbo divino por la idea eterna que Dios Padre tiene de sí mismo. Hé aquí, pues, el foco luminoso de donde Tomás ha recibido la luz que tan copiosa y brillantemente ha difundido por todas las esferas de la ciencia cristiana y racional; hé aquí la base en que se fundan y el origen de donde proceden todas las demás verdades, tanto en el órden real, como en el ideal; en el objetivo, como en el subjetivo; pues tanto nuestra fuerza ó luz intelectual y los principios evidentes ó de intuicion que ella contempla y que son la base de nuestra razon y origen de las ciencias, como la verdad trascendental de los objetos, que es la norma y medida reguladora de la verdad de nuestros juicios, proceden de Dios (1).

Y en verdad: así como el *sol material y visible*, dice nuestro ilustre Maestro (2), ilumina el mundo corporal, así Dios, el *Sol inteligible*, alumbrá nuestro interior, ora por la razon natural, destello de la luz increada é impresion de la primera verdad, ora por la verdad trascendental de los objetos, como imitaciones que son de las ideas divinas; de esta manera Dios es la razon primordial de toda verdad, el centro y lazo comun de todo sér, la luz de toda inteligencia, la causa, en fin, y verdadera razon fundamental de la relacion entre el sugeto y el objeto. Por eso dice con mucha agudeza el santo Doctor (3) que la verdad, segun la cual nuestra alma juzga de todas las cosas, es la Verdad primera. Porque así como de la verdad del entendimiento divino se derivan al entendimiento de los ángeles las ideas innatas ó especies infusas de las naturalezas reales, por medio de cuyas ideas conocen todas las cosas, así tambien de la verdad del entendimiento divino procede ejemplarmente en nuestro entendimiento la verdad de los primeros principios, segun la cual juzgamos de todas las cosas. Hé aquí por qué dice San Agus-

(1) S. Thom. Quæst. disp. de verit. q. 11, art. 3, et q. 1, art. 2.

(2) S. Thom. S. theol. 1. 2. q. 109, art. 1 ad 2.

(3) St. Thom. quæst. disp. de verit. quæt. 1, art. 4 ad 5.

tin (1), y su mejor intérprete Santo Tomás de Aquino (2), que todo lo vemos y juzgamos en Dios, porque conocemos y juzgamos todas las cosas por participacion de su luz.

Pero así como el que quisiese mirar de hito en hito al sol material, quedaria deslumbrado por su fulgor radiante, así el que quisiese mirar de hito en hito en la presente condicion del entendimiento humano á ese Sol inteligible, que habita, en expresion de S. Pablo (3), una luz inaccesible, quedaria, como dice el Sábio en los proverbios (4), ofuscado por su misma gloria: pues lo que es la luz al ojo, es la verdad para el espíritu humano (5). Y en efecto, si la Serafina del Carmelo confiesa que la Verdad increada excede en brillo y hermosura á todo lo que podemos imaginar, y que la misma claridad del sol al lado de ella no es más que tinieblas, ¿qué nos ha de suceder, si queremos descubrirla en la presente condicion, sino lo que el mismo Jefe de la escuela peripatética (6) reconoce, cuando dice que nuestro entendimiento, al resplandor de una claridad suma, experimenta una ofuscacion semejante á la del ave nocturna ante la clara luz del dia? Hé aquí por qué nos dice el Apóstol (7) que en esta vida de peregrinacion solo nos es dado conocer á Dios oscuramente por medio de imágenes y figuras, con un conocimiento enigmático más ó ménos defectuoso, pero jamás perfecto, reservándonos su clara vision para cuando nuestro espíritu, unido íntimamente al Verbo, esplendor y sabiduría del Padre, prototipo y espejo de todo cuanto existe, conozca en Él la universalidad de las cosas.

Pero terminemos ya el símil del sol material y sensible con el Sol espiritual é inteligible, para presentar á Tomás bajo su verdadero punto de vista y probar la primera parte de mi tésis. Como el sol material refleja su luz no solo sobre los planetas y demás cuerpos celestes, que al ocaso de ese cuerpo lucidísimo nos irradian y comunican su luz prestada, sino tambien sobre los cuerpos que cubren la superficie del planeta que habitamos, y esto con diversidad de colores segun las disposiciones de cada uno, así Dios, el Sol de las inteligencias, no solo refleja su luz sobre los espíritus angélicos que asisten á su divino trono y

(1) Soliloq. lib. 1, cap. 8.

(2) S. Thom. S. theol. 1 p., q. 12, art. 11 ad 3.

(3) 1.^a ad Tim. cap. 6, v. 16.

(4) Prov. cap. 25, v. 27.

(5) S. Thom. Sum. Theol. 1 p., q. 107, art. 2.

(6) Metaph. lib. 2, cap. 1.

(7) 1.^a ad cor. cap. 13, v. 12.

contemplan extasiados sus divinas perfecciones, sino tambien sobre los demás espíritus, y en general sobre todos los séres del Universo, que, como imitaciones que son de las ideas del divino Artífice, participan su verdad, y cual límpidos cristales y brillantes prismas, reverberan más ó ménos perfectamente en esta vida de peregrinacion y de tinieblas, la inefable sabiduría y perfecciones del Criador.

Y á la verdad todas las cosas, el cielo y la tierra, el dia y la noche, la estrella y el átomo, el Océano y la gota de rocío sobre la blanca flor; todas anuncian á Dios, y espiritualizadas sus especies ó imágenes recibidas por los sentidos por medio de la virtud iluminativa del entendimiento, hacen brotar de las misteriosas profundidades de nuestra inteligencia la verdad, cuyo conocimiento y posesion constituyen el patrimonio sublime del hombre sobre la tierra. Por eso puede decirse que la creacion entera es un libro abierto, en el que el dedo de Dios ha escrito su nombre, ó bien el alfabeto de que Dios se vale para imprimir su nombre en el espíritu humano, así como se sirve de las estrellas para escribirle en los cielos.

Mas entre todas las criaturas del mundo visible, el hombre es el que representa más perfectamente á su Criador, pues posee una luz interior inherente á su naturaleza, la razon; y esta flor, de origen celestial, que abre su cáliz al Sol de la eternidad y absorbe los divinos rayos, le hace conocer y distinguir el mundo de las ideas detrás de las formas de los variados colores de la vida; pero la revelacion, que es otro rayo más esplendente de luz divina, hace que penetre en su espíritu una luz superior, que, comunicada por la gracia, le abre los reinos de Dios y de la eternidad y le inunda de celestiales resplandores.

Así, pues, el Verbo divino ó el divino Sol ha emitido sus rayos y se ha manifestado á la humanidad y á cada hombre en particular, principalmente de tres maneras: primero, por la luz de la razon y voz de la conciencia; segundo, por el espectáculo de la creacion exterior y visible, y tercero, por la revelacion sobrenatural ó tradicion oral y escrita, que como un gran rio atraviesa toda la historia.

Pero la razon del hombre, sin dejar de ser una participacion de la razon divina y un destello de la luz increada é infinita, como la inteligencia de los ángeles, no es una participacion tan perfecta é inmediata como la de éstos, y colocada á mayor distancia del centro intelectual comun, no refleja con tanta viva-

cidad como las inteligencias angélicas la luz y las ideas divinas. Mas como Tomás supo disponer convenientemente su espíritu para recibir con profusion los rayos de luz divina, ora por medio de los votos monásticos en la religion dominicana, con los que cerró la puerta á las tres concupiscencias de que nos habla San Juan, que son origen de nuestros pecados y causa de la ofuscacion de nuestra mente; ora tambien por medio de la oracion, que le ponía en continúa comunicacion con Dios, de ahí que su espíritu, á manera de ángel, hubiese recibido tan copiosamente los rayos de luz divina, tanto por la via natural, como por la sobrenatural, que con razon se le llama Doctor angélico: hé aquí la causa de haber consignado en la primera parte de mi proposicion, que Tomás, cual astro refulgente y faro luminoso, ha emitido copiosa y brillantemente los diversos rayos del divino Sol ó de verdad divina en todas las esferas de la ciencia cristiana y racional.

Entre las muchas razones que se me ofrecen en confirmacion de la primera parte de mi tésis, unas están fundadas en la misma doctrina del angélico Doctor, considerada en general; otras en su organismo y método de su enseñanza, y otras, en fin, en los resultados é influencia benéfica de su doctrina en las escuelas y universidades de su tiempo, así como en todas las ciencias y bellas artes.

La doctrina de Tomás, esparcida en una multitud de obras que salieron de sus manos, se halla, por decirlo así, condensada en su *Suma Teológica*, que por confesion de un ilustre ecléctico francés del presente siglo (1), es el monumento más admirable que ha salido de las manos de los hombres en todo el período de la edad media, y escepto la Escritura santa, que es palabra de Dios, puede decirse en el trascurso de todos los siglos.

Para caracterizar en dos palabras esta obra inmortal, puede decirse que es la teoría científica de la fe de la Iglesia. De una parte explica la fe cristiana y lo que está relacionado con ella; por el conocimiento puramente filosófico del mundo real, y de otra parte explica el mundo real y el conocimiento natural de este mundo por la misma fe de la Iglesia. Este fué el objeto y sistema de Tomás, como de los demás teólogos escolásticos de este período, poner en armonía estos dos rayos del divino Sol, la razon y la fe, dando siempre la preferencia á esta última por ser un principio sobrenatural é indefectible. La fe de Tomás era la de la Iglesia: su mision, pues, era exponer esta fe y jus-

(1) Víctor Cousin.

tificar y hacer patente que la ciencia de la Iglesia es el reflejo fiel de la realidad misma, á cuyo efecto se valió principalmente de la filosofía peripatética, ya por ser más conforme á la verdad católica, ya por ser en aquel tiempo la dominante en las escuelas. Así, pues, la *Suma Teológica* de Tomás, no solamente nos revela toda la filosofía de tan ilustre Doctor, sino que es el reflejo completo y fiel de la escolástica misma, y aun puede decirse de toda la ciencia de la edad media.

Pues como en aquel tiempo todavía predominaba en la sociedad el espíritu de fe, de ahí que todas las cosas y cuestiones se mirasen y tratasen bajo el punto de vista de su relación con Dios, y por eso la Teología de aquella época abrazaba casi todas las ramas de la ciencia y constituía una verdadera enciclopedia.

Ahora bien, ¡qué ideas tan luminosas sobre los puntos más complicados de la ideología, ontología, cosmología y psicología, se encuentran á cada paso en esta obra prodigiosa! ¡qué principios tan universales, producto muchos de ellos de su razón elevada á su mayor potencia, los cuales son como otras tantas claves de otras varias ciencias! ¡qué teorías tan magníficas y grandiosas, tan sólida como ingeniosamente construidas, y tan bella como esquisitamente ordenadas! ¡con qué agudeza y profundidad escudriña y descubre los orígenes y principios de las cosas! ¡con qué claridad y maestría concuerda y armoniza los derechos de la fe y de la razón! Basta reflexionar algun tanto sobre el conjunto de su doctrina para convencerse desde luego de su espíritu angélico y de su génio extraordinario.

Ved si no cómo se expresa á este respecto el actual Pontífice en su ya citada Encíclica: «El Doctor angélico indagó las conclusiones filosóficas en las razones y principios de las cosas, los que se extienden muy latamente y encierran como en su seno las semillas de casi infinitas verdades, que habian de abrirse con fruto abundantísimo por los maestros posteriores. Con este método de filosofía consiguió vencer él solo los errores de los tiempos pasados y suministrar armas invencibles para refutar los que perpétuamente se habian de renovar en los siglos futuros. Además, distinguiendo muy bien la razón de la fe, como es justo, y asociándolas, sin embargo, amigablemente, conservó los derechos de una y otra, y proveyó á su dignidad de tal manera, que la razón, elevada á la mayor altura en alas de Tomás, ya casi no puede levantarse á regiones más sublimes, ni la fe puede casi esperar de la razón más firmes y

valiosos auxilios que los que hasta aquí ha conseguido por Tomás.» Ya veis, pues, católicos oyentes y carísimos escolares, que no cabe encomio mayor, á favor de la doctrina de nuestro Sto. Patron, que el que el Pontífice acaba de rendirle por su citado testimonio.

Mas si de la consideracion de su doctrina en sí misma pasamos á contemplar y fijar nuestra mirada en su organismo y ordenacion, se presentará la verdad de nuestra tesis con nuevos fulgores. Es una verdad, por todos reconocida, que el método y ordenamiento de las ideas y cuestiones contribuye en gran manera para la más fácil y recta inteligencia de las mismas; de manera que todo progreso, toda reforma radical en toda ciencia, ha sido preparada y producida por una reforma ó progreso correspondiente en el método, y así se explica la influencia ejercida por los grandes maestros y la marcha que todos ellos han seguido. Así es que toda ciencia debe ser orgánica, y todo organismo supone relaciones mútuas de las partes, de manera que las unas sean rigurosamente la condicion de la existencia de las otras. Las verdades obran como fuerzas vivas las unas sobre las otras y se determinan mútuamente. Su accion recíproca no es otra que la determinacion de las unas por las otras, formando el órden objetivo de las ideas y de las verdades, que la ciencia por su accion sistemática reproduce en la imágen adecuada de su objeto. Así nace el sistema doctrinal científico.

Ahora bien, Tomás, reuniendo los inmensos materiales debidos á la antigua filosofía y á los trabajos de los SS. Padres, preparándolos y disponiéndolos por una dialéctica rigurosa y con un método severo, constituyó ese prodigioso cuerpo de doctrina encerrado en su *Suma Teológica*, y elevó de esta manera á la verdadera escolástica al más alto grado de perfeccion.

Y á la verdad, de cuán inmensos resultados para la ciencia haya sido la diligente ordenacion y conveniente organizacion de las fecundas y abundantes mieses de doctrina difundidas en las voluminosas obras de los SS. Padres, llevada á cabo por los escolásticos y en especial y más perfectamente por Santo Tomás de Aquino, lo comprenderá cualquiera que haya tan solo hojeado dichas obras, y tenga en cuenta que todo lo que escribieron estos ilustres y santos varones fué debido á necesidades del momento, para combatir esta ó la otra heregía, que se habia levantado contra la Iglesia sobre este ó el otro dogma ó punto dado. Hé aquí por qué dice el Papa Juan XXII, que Tomás ha

alumbrado é ilustrado más á la Iglesia que todos los otros Padres y Doctores, y que se saca más provecho del estudio de sus obras en un año, que de la doctrina de los otros durante toda la vida. Así lo reconoce también el actual Pontífice en su memorable Encíclica, cuando dice, «que entre los Doctores escolásticos brilla sobre todos Santo Tomás de Aquino, Príncipe y Maestro de todos, el cual, por haber venerado en gran manera los antiguos Doctores sagrados, obtuvo de algún modo la inteligencia de todos ellos. Tomás reunió y congregó sus doctrinas como miembros dispersos de un cuerpo, las dispuso con orden admirable y de tal modo las aumentó con nuevos principios, que con razón y justicia es tenido por singular apoyo y ornamento de la Iglesia católica. Por otra parte, siendo de dócil y penetrante ingenio, de memoria fácil y tenaz, de vida integérrima, amante únicamente de la verdad, riquísimo en la ciencia humana y divina, comparado al sol, animó el mundo con el calor de sus virtudes y le iluminó con el esplendor de su doctrina.»

Si de la consideración de la doctrina de Tomás y de su método pasamos á estudiar sus resultados y su benéfica influencia en las escuelas y universidades de su época, así como en todas las ciencias y bellas artes, ¡qué campo tan dilatado y qué bella perspectiva se presenta á mi vista! Díganlo en primer término las célebres universidades de Colonia, París, Bolonia y Nápoles, en las que con brillantéz y general aplauso dejó oír su autorizada voz por espacio de algunos años nuestro angélico Doctor; díganlo también todos los demás centros científicos de aquel tiempo, que representaban la universalidad del saber humano ó la razón divina tal como la refleja la inteligencia humana, con sus ramas, sus formas y con sus diversos grados, que convergen todos hácia su comun origen, hácia el Sol de la verdad, hácia la fuente absoluta de toda ciencia. En todos aquellos emporios del saber humano dominó Tomás como príncipe en su propio reino, y los ánimos de todos, tanto maestros, como discípulos, descansaron con admirable concordia en el magisterio y autoridad de tan ilustre Doctor. Triste es decirlo, pero no puede menos de confesarse, que esos antiguos representantes de la civilización europea, esos tribunales supremos de la ciencia, esos árbitros de los reinos y de los reyes, esas universidades famosas, cuyas cátedras eran ocupadas en la edad media (ó, como algunos llaman, en los tiempos del oscurantismo) por gigantes, tales como Tomás, Buenaventura,

Alberto Magno, Duns Escoto, Alejandro de Ales y otros semejantes, han decaído en gran manera en los siglos llamados del progreso y de las luces; y no tan solo por el número de escolares, pues en 1340, ó sea 66 años después de la muerte de nuestro Santo, se contaban en la universidad de Oxford 30.000 estudiantes, y en la de Praga, en 1408, 36.000 con 700 profesores, sino también en su consideración y en su ciencia; y esto debido, entre otras causas, principalmente á no haber permanecido fieles al objeto especial de su creación, que era la defensa de la fe y progreso de la ciencia católica, al olvido y apartamiento de Dios, verdad fundamental, base y origen de todas las demás, y á haberse sustraído, bajo pretexto de libertad, á la influencia é infalible magisterio de la Iglesia. Pues, como confiesa oportunamente el conde de Maistre (1), «el cetro de la ciencia pertenece á Europa, porque es cristiana. Si ha llegado á tan alto grado de civilización, ha sido porque ha principiado por la teología, porque las universidades no fueron en un principio más que escuelas de teología, y porque todas las ciencias ingertadas en esta planta divina han manifestado la divina sávia por una inmensa vegetación.»

Por eso tan luego se echa en olvido y se destierra de la ciencia la idea cristiana de Dios, piedra angular y base necesaria de toda filosofía verdaderamente digna y elevada, y se sustituye la ciencia fecunda de Dios con la ciencia estéril del hombre, la filosofía de la Verdad primera y del Ser infinito con la filosofía del *yo y del no yo*, la filosofía de la divinidad con la filosofía del espíritu humano divinizado, todo queda inexplicable y dejan de descubrirse las grandes armonías de la razón divina y de la razón humana. Tan cierto es, que toda ciencia que se aparta de la enseñanza católica, flaquea por su base y se hunde por sus cimientos.

Respecto á la influencia de la doctrina de Tomás en todas las ciencias, podría demostrarla teóricamente, ora por el gran número de principios generales que se encuentran en sus obras y que son, como he dicho anteriormente, otras tantas claves de las diversas ciencias; ora por haber investigado y enseñado con tanta solidez como agudeza el origen de la verdad y de los primeros principios que son el apoyo y fundamento de los conocimientos racionales; ora por haber desarrollado con tanta lucidez y maestría, que nada deja que desear, las sublimes nociones y propiedades trascendentales de todos los seres, verdad, bondad

(1) Veladas de San Petersburgo.

y belleza, que vienen á constituir la base y condicion de todo el órden científico; ora, en fin, porque en su *Suma Teológica*, que es una verdadera enciclopedia del humano saber en la edad media, se encuentran tratadas y desenvueltas con más ó ménos latitud, ó al menos en gérmen, todas las principales cuestiones que atañen á las demás ciencias; pero como me haria demasiado difuso, me contentaré con hacerla patente prácticamente.

Y á la verdad, una doctrina que produce y forma sábios eminentes, lleva en sí misma la prueba de su perfeccion y la manifestacion de su verdad y fecundidad: ahora bien; la filosofía y doctrina de Tomás produjo teólogos tan eminentes como Cayetano, Melchor Cano, Toledo, Salmeron, Lainez, Lugo y otros mil; canonistas como Antonio Agustin, Domingo Soto, Covarrubias y Azpilcueta; controversistas como Juan de Montenegro, Estio, Pedro Soto y Belarmino; metafísicos como Vazquez, Suarez y Roselli; luego la doctrina de Tomás, en la que se formaron estos y otros muchos hombres eminentes en casi todos los ramos del saber humano, ha ejercido una grande y benéfica influencia en la esfera de todas las ciencias. La historia del Concilio de Trento seria suficiente por sí sola para formar su panegírico, y será siempre un monumento y un testigo irrecusable de su fecundidad y de su benéfica influencia en la sociedad y en la Iglesia.

Pero no tan solo en las escuelas y en las ciencias ejerció la doctrina de Tomás poderoso influjo, sino hasta en las bellas artes. En efecto, él desenvolvió á maravilla la idea de lo bello, y de esta manera sentó sobre sólidas bases la estética, en cuyos principios deben inspirarse los artistas para hacer obras maestras y dignas del general aprecio y admiracion. Hé aquí por qué todas las bellas artes llegaron á su apogeo en los siglos XIV, XV y XVI, en los que la doctrina de nuestro Santo tuvo tan preponderante influencia.

Díganlo si no las catedrales góticas de ese período, que, apoyadas en haces de columnas, se elevan en el espacio con sus altas ventanas ojivales, por las que penetra una luz misteriosa, cernida y reverberada por vidrios de mil colores, con sus pináculos y torrecillas, que, elevándose en punta hasta el cielo, presentan un grandioso simbolismo, en el que el espíritu del hombre vive en una mística union con el espíritu de Dios. Díganlo tambien las pinturas y figuras ideales del Beato Angélico y de Leonardo de Vinci; las grandiosas concepciones de Miguel Angel y Juan de Herrera; las vírgenes de Rafael y de

Murillo, maravillas de gracia y majestad; todas estas flores del arte se han abierto bajo la influencia de un Sol que no habian visto los ojos de los antiguos artistas. Dígalo, en fin, la Divina Comedia del Dante, monumento construido sobre la ancha y sólida base de la teología de Santo Tomás, penetrada de su espíritu é iluminada con su luz. El problema de la creacion, la teoría sobre el origen del conocimiento humano, la de las pasiones, el fin supremo del hombre colocado en la vision inmediata de Dios, las relaciones de la fe y de la razon, todas estas cuestiones se hallan tratadas y enseñadas en la Divina Comedia, bajo un punto de vista, en perfecto acuerdo con la doctrina del angélico Maestro. Es realmente la obra poética más vasta que ha creado jamás el genio del hombre; es la epopeya de la Iglesia en sus tres estados, de lucha, sufrimiento y triunfo; es, por decirlo en una palabra con el sabio é ilustre Ozanam, la *Suma poética* de la teología y de la filosofía del siglo XIII.

Podria demostraros tambien la benéfica influencia de la doctrina de Tomás en la sociedad civil y política, exponiéndoos el vasto y grandioso sistema moral del mismo, la justa nocion de libertad, la teoría del origen y uso del poder ó autoridad con las diferentes formas de gobierno; pero me haria demasiado extenso y no lo considero para mi objeto necesario.

Probada por diferentes razones la primera parte de mi tesis, queda á su vez comprobada la segunda, que no es más que un corolario de la primera. En efecto, una vez demostrado convenientemente que Santo Tomás de Aquino es entre todos los Padres y Doctores de la Iglesia el que, cual astro refulgente y faro luminoso, ha emitido y reflejado más copiosa y brillantemente los diversos rayos del divino Sol ó de verdad divina en todas las esferas de la ciencia cristiana y racional, ya no cabe en nosotros vacilacion en reconocerle como nuestro Maestro, y en venerarle como nuestro Patron, para que nos sirva de guia y de auxilio en la adquisicion de la ciencia y consecucion de la verdad.

Mas si aun ansiaseis más pruebas, católicos oyentes y carísimos escolares, que os confirmasen en vuestra resolucion y aumentasen vuestro amor hácia su persona, todavía podria presentaros otras varias fundadas, ora en lo que implican esas mismas palabras de Maestro y de Patrono, ora en la autoridad de Cristo, de la Iglesia por boca de sus Pontífices y Concilios, de las Universidades, de las Órdenes religiosas, de los teólogos de más nota y hasta de los mismos herejes.

Y en verdad si, como dice Aristóteles y reconoce San Agustín (1), solo puede aspirar al título de Sábio y Maestro el que ha sondeado los primeros principios y el fondo de las cosas, ¿quién puede gloriarse mejor que Tomás de semejante título, el cual no solo ha investigado el origen y fundamento de los primeros principios, sino de toda clase de verdades, radicándolas todas en la primera verdad; de todas las bondades, fundándolas todas en la bondad infinita, y de todas las bellezas, reduciéndolas todas á la belleza por esencia? ¿qué mejor y más eficaz Patrono podemos tener para la adquisicion de la verdad y de las ciencias, que aquel que junto al trono del Altísimo y participante de su misma gloria, puede con su poderosa intercesion alcanzarnos del Padre de las luces las ilustraciones convenientes al objeto? Mas si os place que alegue testimonios en favor del magisterio y patronato del angélico Doctor, puedo citaros en primer término el del mismo Cristo, pues arrodillado Tomás ante su crucifijo, y suplicándole con lágrimas si habia cumplido bien su tarea, oyó á Cristo que le decia: *bene scripsisti de me, Thoma*; bien has escrito de mí, Tomás; el de la Iglesia, que por boca de sus Pontífices ha significado y expresado en diferentes ocasiones la bondad y excelencia de la doctrina de nuestro Santo Patron sobre la de los demás sábios y Doctores; el de los Concilios y en especial el Tridentino, que ordenó se tuviese sobre el altar al lado de la sagrada Biblia la *Suma Teológica* de Tomás, para consultarla como á un oráculo en las controversias ó puntos difíciles que pudiesen ocurrir en dicho Concilio; el de las Universidades, que honraron casi todas su memoria eligiéndole por su especial Patron y Maestro; el de las Órdenes religiosas, cuyos fundadores en sus constituciones ó estatutos ordenaron á los religiosos tuviesen á nuestro insigne Patron como á propio Doctor y Maestro, á quien debian seguir; el de los teólogos de mayor nota, que le han considerado como su Maestro, como es de ver por el sinnúmero de comentadores de su *Suma Teológica*, pues ya en el siglo XVI pasaban de 700, segun cuenta Posevino; en fin, hasta los mismos herejes han dado testimonio de su ciencia y del temor que les infunde su doctrina, y en especial el protestante é impío Bucero al proferir estas significativas palabras: *tolle Thomam et dissipabo Ecclesiam Dei*; quita á Tomás y destruiré la Iglesia de Dios: vana esperanza por cierto, pero testimonio no despreciable en nuestro caso.

(1) Lib. 2.º de Doctrina christiana, cap. 38.

En vista de las razones alegadas en confirmacion de la primera parte de mi discurso, fundadas ora en la condicion de la doctrina del angélico Doctor considerada en general, ora en su organismo y método de su enseñanza, ora, en fin, en los resultados é influencia benéfica de su doctrina en las escuelas y universidades de su tiempo, así como en todas las ciencias y bellas artes; en vista, digo, de esas razones y de los testimonios últimamente indicados en favor de su magisterio y patronato, podemos con justicia concluir, que Santo Tomás de Aquino es, entre todos los Padres y Doctores de la Iglesia, el que, cual astro refulgente y faro luminoso, más copiosa y brillantemente ha reflejado los diversos rayos del divino Sol ó de verdad divina en todas las esferas de la ciencia cristiana y racional, y que en su consecuencia es el Patrono más propio de la juventud estudiosa y el Maestro más excelso que puede elegirse para conducirla con seguridad por las veredas de la ciencia y vida cristiana, al término y fin de su carrera.

Pero los racionalistas y enemigos de la escolástica hacen á los católicos estos dos reproches: primero, que la doctrina escolástica, dando la preferencia á la fe sobre la razon, corta el vuelo á la razon y es rémora de las ciencias; y segundo, que la fe es, en algunos puntos, contraria á la razon, y que en su consecuencia debe rechazarse.

Para hacer ver lo infundado del primer cargo basta echar una ojeada sobre los escritos del angélico Doctor, para quedar prácticamente refutado. En efecto, ¿qué son, sino obras del más sublime razonamiento, grandiosidades de la razon, armonías entre la razon divina y la razon humana, rayos vivificantes de una luz que baja del cielo, ilumina la tierra y guia y conduce á ese mismo infinito de donde emana y se irradia? ¿Ha hecho jamás el entendimiento humano esfuerzos más gigantescos para penetrar en las regiones de la ciencia infinita? ¿Hay en esas obras algo que temerariamente quiera imponerse á la razon contra la razon misma? Luego, lejos de cortar los vuelos de la razon la subordinacion de la misma á la fé, le abre antes bien nuevos horizontes, y le sirve de brújula y timon para no extraviarse en sus discursos.

Por otra parte, no hay más que abrir la historia de la filosofía para quedar cualquiera plenamente convencido de la sinrazon de semejante cargo. Todo el que haya siquiera saludado dicha historia (en la que se dá cuenta de los esfuerzos y tentativas de la razon sobre los grandes problemas de la ciencia) no habrá

podido menos de reconocer la multitud y variedad de opiniones y sistemas, los más contrarios y repugnantes entre sí, sostenidos por ilustres filósofos en las diferentes épocas de la historia sobre los puntos más culminantes de la filosofía y de la teología, al par que el sinnúmero de errores y absurdos en que ha caído la razón humana, siempre que, abandonada á sí misma y apoyada en sus débiles fuerzas y escasas luces, ha intentado dar solución á las más importantes y trascendentales cuestiones que atañen á la ciencia y á la humanidad. Así, pues, no hay más que cotejar la solución dada á los más altos problemas de la ciencia por los filósofos que han desconocido ó menospreciado las luces de la fé, con la que han dado los Padres de la Iglesia y otros ilustres Doctores que han vivido bajo la égida de la fé y han escrito inspirados por sus luces, para quedar, cualquiera que no se halle apasionado, íntimamente convencido de que lejos de servir de obstáculo á la razón humana la fé divina, antes bien la ilumina, fortifica y perfecciona, como dice el inmortal Pontífice Pio IX en su Encíclica *Qui pluribus*, de 9 de Noviembre de 1846.

No se tema, pues, que la fé, que es un rayo de luz divina, se oponga á que el entendimiento se eleve sobre las cosas visibles, y á que desplegando sus alas vuele hasta llegar á la misma divinidad: lo que hará la fé será ampararla, para que no se desvanezca en tan sublime vuelo. Hé aquí por qué diga Saurin, «que la razón jamás marcha con paso tan seguro, ni se eleva á un grado más eminente, que cuando cesando de ver con sus ojos no ve sino con los del Dios infalible.»

No menos infundado es el segundo cargo. Pues siendo Dios fuente suprema de la verdad, todas las verdades que se creen con fé divina, y todas las que son ciertas segun la ciencia, de Él dimanar, y no pueden encontrarse jamás en mútua verdadera oposicion. Podrá haber, sí, verdades divinamente reveladas superiores á la humana comprensión, las cuales, por esto mismo, deberán llamarse misterios; pero jamás podrá demostrarse que se hallan en contradicción con la ciencia, esto es, con los principios racionales y los hechos de la naturaleza, sino que antes bien la ciencia demostrará con toda evidencia, que siendo el ser de Dios incomprendible, pues es infinito, es necesario que haya en Él verdades que sobrepujan al humano entendimiento, ó lo que es lo mismo, es menester admitir los misterios.

Además la razón y la fé son dones de Dios: poner en con-

tienda la una con la otra, seria poner en contienda á Dios consigo mismo: ¿por ventura no son como dos rayos de una misma luz indefectible, como dos rios que manan de una misma fuente inagotable? ¿Cómo, pues, podrán ser opuestas entre sí? ¿Cómo la verdad podrá jamás contradecir á la verdad, ó Dios ser contrario á sí mismo, de manera que nos enseñe cosas contrarias por aquellos diversos medios? Es por consiguiente cierto, que ningun dogma divino puede oponerse á la razon, esto es, á la razon que proceda rectamente y segun las leyes de su naturaleza, mas no la que falte temerariamente contra sus leyes racionales.

Es verdad que en estos últimos tiempos algunos semisabios (que en expresion de S. Pablo (1) al proclamarse sabios se han hecho necios) han clamado á voz en grito y han sostenido con todo esfuerzo, que lo que nos enseña la fé y la sagrada Biblia, en especial el Génesis, es enteramente contrario á las conclusiones y asertos de las modernas ciencias; mas, ¿quién ignora al presente que tamaña objecion, así como las vanas opiniones y gratuitas hipótesis de esos pretendidos sabios, cual castillos puramente fantásticos, han desaparecido por completo ante la verdadera ciencia, á causa de los estudios más concienzudos y observaciones más exquisitas que se han hecho de la misma naturaleza por los verdaderos sabios? Y en verdad, la Cosmogonía y la Geología, la Lingüística y la Etnografía, la Historia natural y la Paleontología, la Arqueología y la Cronología, han venido á la vez á prestar homenaje á la sagrada Biblia; todas estas ciencias, de pronto enemigas, mejor estudiadas, se han doblegado ante el Dios de las ciencias y le han pagado su tributo de ópimos frutos. Lo que no podia menos de ser así, pues siendo todos los hechos de la naturaleza la manifestacion de la accion divina, y los libros santos la exposicion del modo de esta manifestacion, es consiguiente que, si no encontramos en cada ciencia la confirmacion y explicacion de la exposicion de Moisés, solo debemos atribuirlo á nosotros mismos, bien por no haber estudiado la ciencia en su verdadero sentido, bien por ser nuestras observaciones incompletas, bien, en fin, por estar mal deducidas las consecuencias. Se puede por consiguiente asegurar que las ciencias no podrán jamás otra cosa que contribuir en definitiva á la gloria de Aquel que es el Maestro universal, y á la gloria de Jesucristo, que es el centro y razon última de toda la creacion.

(1) Ad rom. cap. 1, v. 22.

Hé aquí por qué dice el Doctor angélico (1) que «cualesquiera argumentos que se opongan contra los dogmas de la fé divina no proceden éstos rectamente de los primeros principios evidentemente conocidos, y de ahí que no tengan fuerza de demostracion, sino que son ó razones probables ó sofísticas, y así siempre queda puerta abierta para solventarlos.» Y á la verdad, si se examinan dichos argumentos segun las reglas de la lógica, siempre se encontrará medio de ver si pecan en la forma, ó si tienen premisas que no se hallan todavía comprobadas por un buen argumento. Pues como advierte oportunamente nuestro ilustre Maestro (2) «entre muchas verdades que se demuestran, se introduce alguna vez algo falso que no se demuestra, pero se afirma por alguna razon probable ó sofística, que á veces se reputa demostracion.»

Podria todavía confirmar la armonía que reina entre la fé y la razon por la autoridad del Concilio 5.^o de Letran, por las proposiciones 6.^a y 12.^a del Syllabus, por la constitucion dogmática de *fide et ratione* del Concilio Vaticano, cap. 4, can. 2.^o et 3.^o, y por el capítulo 7.^o del libro 1.^o de la *Sum. cont. gent.* del angélico Doctor; pero basta lo dicho para que cualquiera se halle íntimamente convencido de esta verdad.

Así, pues, como en el sistema escolástico-tomista todo se encuentra ordenado y armonizado, y la teoría de la verdad, de la realidad objetiva del conocimiento y de la certeza é inmutabilidad de la ciencia, queda magníficamente garantida, poniendo y reconociendo por origen y fundamento de ella al primer Sér, ó sea á Dios, base y origen de toda realidad, y sin el cual nada puede concebirse ni explicarse últimamente; así por el contrario en los sistemas neo-germánicos racionalistas, que divinizan al *yo humano*, poniéndole por base y origen de todo conocimiento, de toda realidad y de toda ciencia, todo queda inexplicable, pues zapan por su base toda verdad y toda ciencia, destituyéndola de su verdadero fundamento y realidad, y convirtiéndola, ó bien en pura abstraccion de su orgullosa razon, ó bien en ensueños de la más delirante fantasia. Hé aquí por qué los más grandes sábios católicos no vislumbran salvacion para la filosofía contemporánea, sino en un profundo estudio de la ideología y metafísica escolástica.

Demostrada y confirmada por tan diferentes razones y testimonios la verdad de la tésis de este discurso, no me resta otra

(1) Lib. 1, cont. gent. cap. 7.

(2) Lib. 1, cont. gent. cap. 4.

cosa, amados jóvenes, que excitaros y exhortaros á que sigais las huellas de nuestro insigne Patron, á que busqueis y estudiéis con avidez y asiduidad sus escritos, para beber con abundancia en las corrientes de sabiduría divina y humana que manan de esa purísima é inagotable fuente; á que os dispongais convenientemente para recibir copiosamente los rayos de luz de ese astro refulgente, que con tanta intensidad y lucidez los ha emitido en todas las esferas de la ciencia; y, en fin, á que le venereis siempre, como insigne Patron de la juventud estudiosa, y le tengais como modelo y Maestro que en todos los casos debéis seguir. Y ¿cómo no habia de ser así despues de la notable Encíclica *Æterni Patris* que ha dirigido al mundo católico nuestro gran Pontífice proponiéndole á todos como Maestro universal, y despues del Breve de 4 de Agosto último, en que le proclama Patron general de todas las escuelas católicas? Pues bien, ya que de unos años á esta parte algunos sabios ilustres, como el célebre canónigo de Nápoles Sanseverino, Prisco, Tapparelli, Liberatore, el Ilmo. Obispo de Córdoba, Ceferino Gonzalez, y últimamente el Emmo. Cardenal Zigliara, Cornoldi, Signoriello y otros varios, han emprendido la tarea y trabajado con esfuerzo por restaurar la teología y filosofía escolástica, restableciendo la preclara doctrina de Santo Tomás de Aquino y procurando devolverla á su antiguo esplendor, procuremos tambien nosotros unir nuestras débiles fuerzas á las suyas, y cooperar de esta manera en cuanto esté de nuestra parte á esa grande obra de restauracion científica, y en su consecuencia tambien social. Pues habeis de estar muy persuadidos que todo dimana de las doctrinas: costumbres, educacion, literatura, legislacion, civilizacion, la sociedad entera, son las doctrinas las que la forman. Si estas son puras y elevadas, es decir, espirituales, los espíritus tienden y gravitan hácia su centro, que es la verdad; se desarrolla el órden intelectual y se perfeccionan las inteligencias; el órden moral extiende tambien su benéfico imperio, ejerce su dulce y benigna influencia sobre la sociedad, y los pueblos son libres y felices; pues no cabe dicha sino en el seno de la verdad, y allí únicamente se encuentra el reposo y la libertad verdadera.

Al contrario, si las doctrinas son bajas y terrenas, es decir, positivistas ó materialistas, las inteligencias degeneran, se enervan y se apagan al fin sofocadas bajo el peso de la duda y del error; todo se desorganiza y deprava; rómpese el freno de la conciencia, el edificio moral se desploma, y las pasiones huma-

nas, desencadenadas y sin guía, ejercen sobre el mundo el terrible imperio del desorden en un caos intelectual, moral y social.

Trabajemos, pues, todos de consuno en esa grande obra de restauración científica, cada uno en la esfera de actividad en que la divina Providencia le haya colocado, y de esta manera corresponderemos al llamamiento de nuestro inmortal Pontífice, y cumpliremos los deseos de nuestro dignísimo Prelado, que en muchas ocasiones ha demostrado el aprecio en que tiene la doctrina de nuestro ilustre Maestro, y que en su alta previsión se había ya anticipado á la indicación y ordenación del actual Pontífice en su citada Encíclica, prescribiendo como obra de texto para la enseñanza de la Teología en su Seminario la misma *Suma Teológica* de nuestro insigne Patron Santo Tomás de Aquino.

Pero como las obras de los hombres son imperfectas y no producen saludables frutos si no están fortificadas con el auxilio de lo alto, siguiendo el ejemplo del angélico Doctor, pidamos con fervor al Padre de las luces que ilumine nuestro entendimiento y le infunda el don de ciencia y sabiduría, para conocer con fruto sus divinas verdades. Mas á fin de que nuestra oración sea más eficaz, y podamos recibir más abundantes frutos de ella, interpongamos ante Dios el patrocinio y mediación de la inmaculada Virgen, que es llamada asiento de la sabiduría, y la intercesión de nuestro excelso Patron, que no puede menos de ser poderosa hallándose ya en la patria abismado y unido al foco del divino Sol. Fortalecidos de esta manera con tan divino auxilio, alcanzarán nuestras facultades al presente la perfección debida, y después la recompensa de la gloria, *quam mihi et vobis præstare dignetur D. N. J. Ch.* Amen.



